

ble posición. El hombre á quien adoraba estaba allí junto á ella, é iba á partir con su rival. En aquel momento, la inesperada revelación de Clara disipó su cólera, y hablaba aparte con Atanasia, cogiéndola una mano y riendo con la naturalidad de un hombre dichoso; y ella en un impulso de indomable orgullo había decidido de su vida, enajenado su libertad, comprometiéndose con un hombre á quien no podía amar, por embargar su corazón el querido y doloroso recuerdo de otro. Miró al Duque con mortal angustia, y á punto estuvo de atravesar el salón, apartarle de las intencionadamente exageradas coqueterías de Atanasia, y decirle toda la verdad. Pero al verle tan tranquilo, indiferente y ligero, renació en su alma el orgullo y la cólera, que la salvaron de esta debilidad. A toda costa quiso que se creyera no había sido abandonada, y sacrificó resueltamente su porvenir á esta victoria de amor propio. Dirigiendo á Bligny y á la señorita Moulinet una mirada de triunfo, murmuró:

—Me casaré antes que ellos.

IX.

Con increíble rapidez se hicieron los preparativos del matrimonio, pareciendo que todo el mundo en Beaulieu y Pont-Avesnes era cómplice de Clara. Partió Felipe apresuradamente para el Berry en busca de los documentos que le eran indispensables, y al mismo tiempo se dirigió el Marqués á París. El correo y el telégrafo marchaban á cual más de prisa para excitar á los encargados de construir los objetos necesarios, y violenta agitación reemplazó á la calma en que la Marquesa vivía durante un año. Aturdida la excelente señora por los acontecimientos, aceptó, sin hallar la autoridad necesaria para discutirla, la brusca determinación de su hija.

Fiándose de los favorables informes que Bachelín le había dado del señor Derblay, y reconociendo la desinteresada delicadeza con que se portaba el amo de la ferrería, vió con más admiración que inquietud la decidida boda. Sentía que Clara no hubiese esperado algún tiempo para elegir un marido de su clase, pero á la vez dudaba que en este siglo positivo un hombre con título y fortuna quisiera casarse con la señorita de

Beaulieu sin dote, y esta duda le indujo á considerar afortunado el encuentro del señor Derblay en la hora crítica.

Clara hizo cuanto dependía de ella para adormecer la desconfianza de su madre y procurarle absoluta seguridad. Con cara risueña hizo creer á todos que era feliz, y únicamente la Baronesa conocía el secreto de sus angustias y dolores, presenciando sus desalientos y calmando sus iras. Encerrada en su habitación pasó Clara días enteros sin decir una palabra, física y moralmente desfallecida, sin fuerzas para dar un paso, y echada en una butaca con ceño fruncido y sombría mirada. En su dolorido cerebro renacían sin cesar los crueles episodios de la ruptura, no pudiendo acostumbrarse á la repentina ruina de todas sus esperanzas. Investigando si había merecido tal infortunio, no encontraba censura alguna que dirigirse, siendo única causa de aquella desdicha el odio de su rival y la infamia de su novio.

Obligada á considerarse víctima de enemigos encarnizados y mártir de implacable destino, acudieron á su imaginación las ideas de venganza. Consideró la vida como una batalla en la que es preciso acorazarse de desprecio para no ser arrollado, y armarse de audacia para no ser vencido. Arrancó de su alma cuantos escrúpulos le habían entregado agarrotada y sin defensa á sus adversarios, y se juró arrollar en adelante todos los

obstáculos para conseguir su objeto. Agriado el corazón y perturbada la mente, la noble, generosa y tierna Clara convirtiéndose en interesada, mala é implacablemente egoísta, resuelta á sacrificarlo todo por satisfacer su capricho. Pareció que el fuego del dolor había secado su corazón, y hasta su misma belleza se modificó, tomando en cierto modo aspecto marmóreo, y adquiriendo la fría majestad de las estatuas.

Pensando en su próximo cambio de situación, trazóse la línea de conducta que había de seguir invariablemente. Su indiferencia hacia el Sr. Derblay era profunda, no agradeciéndole siquiera la ciega abnegación de que había dado pruebas. Ignorando las generosas intenciones del amo de la ferrería, atribuyó únicamente su condescendencia á la ambición de casarse con ella. Natural era que el joven consintiese en todo por ser esposo de mujer tan rica y por entrar en tan noble familia. Hasta le inspiró desdén la facilidad con que el Sr. Derblay se había prestado á la humillante comedia representada en presencia del Duque, y de esta suerte la admirable generosidad de Felipe pareció á Clara una bajeza, creyendo que encontraría en él un marido sumiso y fácil de conducir. Esto era justamente lo que deseaba. Si el Sr. Derblay se mostraba dócil, se interesaría por él, y apoyándose en todas las influencias de que podía disponer, se en-

cargarla de su porvenir, haciéndole llegar á gran altura. El rango y la importancia que adquiriese su marido compensarían su humilde nacimiento, y en último caso, sería uno más en este siglo de advenedizos.

Alarmada la Baronesa por la terrible tranquilidad con que su prima se disponía á una unión que seguramente le era antipática, procuró averiguar los secretos propósitos de la señorita de Beaulieu, haciéndole repetidas preguntas sobre diferentes cosas, y disimulando la gravedad del interrogatorio con el tono fantástico y ligero que le era habitual.

En vano se esforzó Clara en aparecer indiferente; la amargura le saltó por los labios, y dejó ver á la Baronesa la llaga cruel que sangraba en el fondo de su alma. Al confiar á su amiga sus secretos tormentos, experimentó grande alivio, y la Baronesa llegó á conocer todos los sufrimientos de la orgullosa joven, admirando su valor y presintiendo sus resoluciones. Con la experiencia que tres años de matrimonio le habían hecho adquirir, comprendió toda la gravedad de la conducta de Clara, é intentó hacerla ver la realidad de las cosas; pero se estrelló contra una voluntad invencible.

Clara había promulgado para su uso una especie de pena del talión. Sufría por causa de otros, y otros sufrirían por la suya. Tanto peor si eran inocentes. ¿Acaso era ella culpable? Siendo la injusticia regla de humani-

dad, no se cuidaría en adelante del derecho ni del deber, sacrificando uno y otro á su capricho. Para ella los seres convertíanse en medios de acción, y decidida estaba á mover hombres y mujeres como peones de ajedrez, á fin de ganar una triunfal partida. Su principal objeto era vengarse de Atanasia y humillar al Duque, y resolvió sacrificarlo todo á esta triste satisfacción. La primera víctima fué el apasionado y generoso Felipe, que quería devolver á la que adoraba la perturbada calma y la felicidad perdida.

La señora de Prefont no pudo menos de censurar severamente estas intenciones despóticas, esta cruel confusión de lo justo y de lo injusto, hecha con frialdad por Clara en provecho de su egoísmo, pareciéndole tan insensata, que la atribuyó á exageración de sentimientos destinada á desaparecer con el tiempo.

Dijo, sin embargo, á su amiga que no era cosa tan fácil como creía tiranizar á los seres racionales. Seguramente halagaría mucho al señor Derblay entrar en la familia de Beaulieu, y no era gran sacrificio para obtener el ambicionado honor de casarse con Clara el favor que Felipe había hecho á la joven permitiéndole anonadar á sus enemigos en el mismo momento que estos la creían humillada y vencida, favor que la señorita de Beaulieu pagaba con su mano de esposa. Todo esto estaba bien; pero ¿qué porvenir

reservaba á aquel hombre? ¿Cuál sería la actitud de Felipe cuando, al acercarse á su mujer con los brazos abiertos y cariñosas frases, la encontrase grave y fría? La señorita de Beaulieu atribuía á móviles de ambición las gestiones de Felipe. ¿No podían también explicarse por amor? Es cierto que entra ahora por mucho la especulación en los conciertos matrimoniales y que se trata con preferencia del haber de la futura esposa; pero también lo es que á veces se encuentran maridos que aman á sus mujeres. ¿Por qué no había de ser el Sr. Derblay uno de estos fenómenos?

Clara sólo había mirado un lado de la cuestión; y la Baronosa así se lo decía con insistencia. En el matrimonio raras veces la mujer es soberana, siendo por regla general el hombre más inclinado á la dominación. Si el Sr. Derblay, que al parecer sabía muy bien lo que quería, determinaba echar por tierra todos los proyectos de Clara, ¿qué resultaría del choque de estas dos voluntades? No se trataba de una coalición durante breves horas, como la que se ajusta detrás de un abanico para dirigir una intriga de salón ó deshacer alguna maquinación femenil; tratábase de comprometer toda la vida, y no era posible despedir al aliado dándole á besar la punta de los dedos por única recompensa al prestado auxilio; tratábase de un marido, es decir, de una persona á quien se

ligaba indisolublemente, y convenía reflexionar antes de que el matrimonio se realizase, porque una vez casada no era posible deshacer lo hecho. El matrimonio no es una comedia cuyo desenlace llega á los cinco minutos. Podía convertirse en drama con suma facilidad, y siendo aún tiempo, acaso lo mejor era evitarlo.

Estas razones no produjeron efecto alguno á la señorita de Beaulieu, dispuesta á arriesgarlo todo antes que modificar sus proyectos. Había querido que pareciese desairaba al Duque, y resuelto casarse antes que él. Fijado ya el día de su casamiento, nada en el mundo la haría retroceder. Conoció, sin embargo, su imprudencia al permitir que la Baronesa comprendiese tan por completo sus propósitos, y juzgó necesario engañarla, poniendo al efecto risueño semblante y compadeciendo con aspecto tranquilo al pobre señor Derblay, condenado á la triste suerte de casarse con una muchacha como ella, cuyo humor caprichoso y tiránico no estaba bien compensado con las ventajas que el casamiento le proporcionara.

Cayó la Baronesa en el lazo dispuesto por su amiga, creyendo que con el tiempo desaparecería la profunda melancolía y la alarmante irritación de Clara. Sabía que el matrimonio tiene muchas sorpresas para una joven, y que la posesión dulcifica los caracteres más violentos. A solas con su esposo,

la más recalcitrante tiene que rendirse á la razón, y un hombre que no sea tonto y esté muy enamorado puede modificar mucho las ideas de su mujer. En último caso, con el primer hijo la situación cambia por completo, convirtiéndose la tigre en la más humilde oveja.

Estas reflexiones tranquilizaron á la Baronesa, que no era mujer capaz de persistir largo tiempo en la misma idea, y que habiendo tenido gravedad y penetración durante un día, dedicó el resto de la semana á sus habituales divagaciones.

Volvió Felipe de su viaje, trayendo el anillo de boda, un admirable rubí de color rojo sombrío rodeado de brillantes. Temblando pidió el pobre muchacho permiso á la señorita de Beaulieu para ponérselo en el dedo. Clara, miró con desdén esta riquísima alhaja y alargó su blanca mano con orgullosa indiferencia al Sr. Derblay, sin decirle una palabra de agradecimiento. Aquel anillo era símbolo de su compromiso, y le fué odioso. Al día siguiente vió Felipe con gran dolor de su alma que no lo llevaba puesto. No se atrevió á decir nada. ¡Era tan tímido delante de ella! Pero su mirada fija en la mano de la señorita de Beaulieu fué tan elocuente, que no pudo menos de decir la joven: «Perdone V.; jamás llevo sortijas.»

Estas palabras tranquilizaron á Felipe, que había creído ver en el abandono del

anillo una manifiesta repulsión de Clara á cuanto de él procediera. Sabía á qué atenderse en cuanto á los sentimientos de la joven. Presenció la crisis predicha por Bachelin, y no ignoraba que fué aceptado por despecho; pero su pasión era tan grande, tan profunda su ternura, que creyó seguro atraerse aquel extraviado corazón. ¿Qué mujer podía ser insensible á un cariño continuo, atento, delicado y sumiso? La señorita de Beaulieu, al fracasar sus esperanzas, se había replegado dolorosamente en sí misma. ¿Era, sin embargo, posible que á los veinte años, en plena juventud, dejara de palpar para siempre su corazón? ¿Podía creerse que no tuviera ya oídos para escuchar las excitaciones de la vida, ni ojos para ver las sonrisas de la esperanza? Perdidamente enamorado de Clara, no dudó Felipe que se haría amar de ella. La joven creía su corazón muerto, y sólo estaba dormido. Poco á poco se reanimaría y volvería á latir para quien le sacaba de su letargo. Salvando Felipe aquel alma, ¿no tendría algún derecho á ella? Al volver Clara á la vida, al abrir los ojos, al observar la diferencia entre el cariño perdido y el ganado, ¿no recompensaría á Felipe de la salvación haciendo feliz su existencia?

Así lo creía éste durante sus horas de muda contemplación. Obligado desde los primeros años de su juventud á ocuparse de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

graves negocios, no tuvo tiempo de frecuentar la sociedad, siendo extremadamente tímido, sobre todo para con las mujeres. La señorita de Beaulieu le hacía temblar, y nunca se acercaba á ella sin que el corazón le palpitara con violencia. Bastaba á la fría y grave Clara dirigirle una mirada tranquila para hacerle perder su aplomo.

Subiendo la colina que conduce de Pont-Avesnes á Beaulieu, refería Felipe á Susana sus proyectos para el porvenir, indicándole las reformas que ideaba en la casa, y diciéndole cuánto amaba á su esposa. Escuchábale Susana y sonreía al verle tan animado y satisfecho, comprendiendo que aquello era repetir de memoria la lección como por vía de ensayo antes de presentarse á Clara. Cuando en busca de aprobación declale su hermano «¿No es verdad?» le contestaba maliciosamente:

—No es á mí á quien debes referir eso, Felipe, es á ella. Ya sabes que, para mí, cuanto dices es tan atinado y cuanto haces tan oportuno, que siempre soy de tu opinión. No sé si la señorita de Beaulieu...

—Hoy mismo,—exclamaba Felipe,—voy á hablarla de todo esto... ¡Tengo tantas cosas que decirle!

Pero llegaba al palacio, presentábase á Clara, y desaparecía su atrevimiento, balbuceando para decir buenos días, y sentándose en un rincón apesadumbrado de no po-

der enseñar su corazón como un estuche, para que la joven viese los misteriosos tesoros que contenía.

Llegó el frío con los primeros días de noviembre, y no siendo ya posible estar en la terraza, los habitantes del palacio y las visitas permanecían en el gran salón. En esta mayor intimidad encontró Felipe algunas ocasiones de hablar con grande acierto, no de su pasión, porque jamás decía nada de sí mismo, sino de asuntos generales, y hábilmente secundado por Octavio y el Barón, pudo mostrar la rectitud de su juicio y la solidez de sus conocimientos. Sentada al lado de su madre, que escuchaba distraída junto á la chimenea, poníase Clara á bordar sin apartar los ojos del bastidor. Por la abierta puerta de la sala del billar llegaban al salón las carcajadas de Susana y del Marqués, empeñados en una partida de juego, y siendo los únicos que animaban aquel cuadro. Desde el primer día simpatizaron y se divertían como dos niños.

Furiosa Atanasia por el fracaso de su meditada combinación, volvió á París, llevando consigo á su padre y al Duque.

Moulinet hizo antes una visita de despedida á la Marquesa, que le recibió con amabilidad, porque, á ruego de Clara, la señora de Beaulieu desarrugó el ceño, dulcificó la expresión de su semblante, y acogió al ex-miembro del Tribunal de Comercio cual co-

rrespondía tratándose del futuro suegro de un amado sobrino.

De tal suerte aquella madre consintió en representar su papel en la comedia dispuesta por su ultrajada hija, viéndose obligados los Moulinet y el Duque de Bligny á creer lo dicho en alta voz por la señorita de Beaulieu, y á desechar la idea de que la habían ofendido. Admiró al Duque encontrarse tan inocente cuando se creía tan culpado, y á Atanasia la fortaleza de ánimo de su rival. Sintióse ésta derrotada cuando se creía vencedora, y prometióse tomar terribles represalias.

El casamiento, que ella había proyectado celebrar con gran ostentación en la magnífica capilla del castillo de la Varenne, decidió al fin realizarlo en París, comprendiendo que la burguesía parisién convidada por su padre no vendría de tan lejos para festejarla, y sospechando que las nobles familias de la comarca invitadas por el Duque acaso tampoco se presentasen. Temió, pues, un desaire, no quiso exponerse á él, y se fué, prometiendo volver para el casamiento de su futura prima, de su «buena Clara,» como afectaba llamarla.

Este viaje alivió á Clara. Alejada su rival, parecióle que el aire que respiraba era más puro. Animóse su hermoso semblante, y casi renació su alegría.

Felipe, que había hecho restaurar secre-

tamente las habitaciones de su castillo, algo estropeadas por el tiempo, aprovechó este rayo de buen humor para proponer á la señora de Beaulieu visitar la futura residencia de su hija. La proposición fué aceptada, y al día siguiente todos los habitantes de Beaulieu bajaron á Pont-Avesnes.

La entrada del castillo produjo buena impresión. El gran patio plantado de enormes tilos, el estanque, el castillo mismo rodeado de fosos llenos de árboles frutales, agradaron á Clara. El parque con sus extensas y oscuras alamedas ofrecíale reposo y silencio, y la solemne tristeza de las grandes habitaciones pareció á la joven armonizada con su propia melancolía. Aquel caserón sin horizonte, rodeado de corpulentos árboles, hubiese parecido á cualquiera otra una tumba; á la señorita de Beaulieu le agradó.

Al recorrer las habitaciones principales exhalaba la señora de Prefont gritos de sorpresa y alegría, admirando las ricas antigüedades que en ellas había reunido el padre de Felipe. Los muebles de la época de Luis XIV la arrebataron, y quedó en éxtasis ante los grandes portieres de Bauvais que representaban las batallas de Alejandro. La afición á los objetos antiguos, tan común hoy día, hace peritas á las personas bien educadas. La Baronesa había recorrido muchas almonedas, y maravillaba oírla valorar las credencias talladas de época de Enrique III

y las antiguas porcelanas de Sajonia. Con particular habilidad daba un golpecito seco á los platos de loza artística para averiguar si estaban intactos. Iba de salón en salón con la vivacidad y charlatanería de una cotorra, ensordeciendo á su tía, para quien estaba en griego aquella fraseología de charmilero. Unicamente Brígida comprendió el entusiasmo de la Baronesa por el mobiliario que hacía tanto tiempo cuidaba con un esmero digno de los elogios prodigados por la joven.

Susana y Octavio ni siquiera entraron en el castillo. Recorrieron hablando el parterre, y después acudió Susana de pronto á la cocina, volvió con un gran pedazo de pan, y se puso con el Marqués á echar migajas á las carpas del estanque. Media hora estuvieron divirtiéndose en ver los esfuerzos de los glotonos animales por llevarse una gruesa corteza de pan que sobrenadaba. En cuanto al Barón, excitado por la vecindad de la ferrería, dirigióse en seguida á los talleres.

Mientras que la Baronesa inventariaba el mobiliario de Pont-Avesnes y Felipe hacía á la señora de Beaulieu los honores de la casa, quedóse Clara á la espalda, y por una puerta que daba á una escalinata salió al parque. Oíanse á lo lejos los martillos de la ferrería golpeando sobre los yunques, y los altos hornos roncaban arrojando hacia el cielo espesa humareda. El parque era pro-

fundo y misterioso. El ruido de la fábrica y el silencio de la arboleda formaban un contraste que sedujo á Clara. Entró ésta por las alamedas bajo bóveda de ramas y hojas que el viento del otoño había enrojecido ya, y paseando lentamente entregóse á grave meditación.

Aquel parque sombrío y desierto parecióle sitio perfectamente escogido para encerrar en él su vida. Las ramas secas que crujían bajo sus pies, habían caído de los árboles como las esperanzas de su corazón. Sus ilusiones desaparecerían de igual manera que esparcía las hojas secas. Como aquellos grandes troncos mudos y desolados, estaba ella inerte y fría, y siguió por la oscura alameda, alegrándola la tristeza del paisaje. De pronto, á una vuelta del camino, presentóse á sus ojos por ancha abertura la campiña llena de sol, extendiendo á lo lejos sus fecundas praderas. Aquel cuadro que apareció de repente produjo á Clara violenta impresión, por lo identificada que estaba ya con la sombría naturaleza del parque. La alegría reemplazaba en un momento á la tristeza, y á las alamedas lúgubres y negras los campos fértiles y llenos de vida. ¿Sucedería á ella lo mismo? ¿Podrían de igual modo cambiar sus actuales sentimientos? La joven apartó la vista con ira del alegre paisaje, y volviendo á la soledad, á la tristeza y á la sombra, rechazó las promesas que el porvenir le hacía.

Cuando admirados y algo inquietos por su larga ausencia, la Baronesa, Felipe y la señora de Beaulieu salieron á buscarla, vieronla venir despacio y silenciosa. Estaba tranquila y risueña; sólo sus ojos, húmedos todavía por las secretas lágrimas vertidas, atestiguaban la dolorosa lucha de su corazón.

Pudo al fin sustraerse el Barón á sus queridas observaciones científicas; Susana y Octavio abandonaron la barca con que habían surcado el estanque; y la Marquesa subió al carruaje, llevándose á Felipe y á su hermana á comer á Beaulieu.

Ocho días faltaban solamente para el momento tan deseado por el orgullo de Clara y el amor de Felipe, y á medida que se aproximaba la fecha del casamiento crecía la agitación nerviosa de la joven. Cuantos la vieron en aquella semana podían creer que esta unión la hacía feliz; tal era su prisa de que se verificase, como si temiera que á última hora ocurriese algún obstáculo.

Sin cesar llegaban cajas á la estación del ferrocarril, llevadas inmediatamente al palacio, donde parecía que las campanillas tenían el baile de San Vito; y los criados, acostumbrados á la calma y al tranquilo servicio de provincias, corrían como demonios.

Al hacer el convite para la boda, la señorita de Beaulieu tomó determinaciones que asombraron á su familia. Declaró que de-

seaba que la ceremonia nupcial se verificase á media noche sin pompa alguna en la pequeña iglesia de Pont-Avesnes, y que sólo la presenciaran las personas de la familia. La Marquesa tocó al cielo con las manos; la Baronesa cayó medio desfallecida sobre una butaca, permaneciendo diez minutos sin hablar; Octavio preguntó á su hermana secamente si se había vuelto loca; sólo Felipe no dijo su opinión.

Sin manifestar los motivos, insistió Clara en sus deseos contra la opinión de todos sus parientes. ¡Casarse á media noche! Ya era esto cosa rara, aunque todavía estuviese en moda entre la aristocracia parisién. ¡Una misa sencilla! Clara se consideraba quizá viuda del Duque, y por tanto de luto. En rigor se podía tolerar el matrimonio á media noche; pero, ¿no convidar á nadie? ¿Hacer á hurtadillas cosa de tanta importancia? ¿Dar ocasión á que se creyera que la señorita de Beaulieu se avergonzaba de su marido? Además, aquella determinación podía ser mal augurio.

Este último argumento expuesto por la Baronesa, no tuvo más fuerza que los otros. Obligado Felipe á emitir opinión, resolvió el asunto declarando que cuanto deseara la señorita de Beaulieu le parecía excelente, y que por su parte no veía obstáculo en que se realizara por completo su voluntad.

Puesto que el principal interesado no ha-

cia objeciones, la oposición cesó. Muy contrariada la Baronesa porque había hecho traer de París un magnífico traje para la ceremonia, dijo riendo que aquel matrimonio iba á ser como los que se celebran en los dramas patibularios de la Puerta de San Martín, cuando el condenado á muerte es autorizado por real gracia para casarse en el calabozo con la que ama, momentos antes de subir al cadalso.

El día antes de la boda verificóse la firma del contrato matrimonial. Obligado Bachelin á escoger entre sus dos clientes, puesto que era á la vez notario del señor Derblay y de la señorita de Beaulieu, tomó por adjunto á uno de sus colegas de Besancon, y él representó á la noble familia de la que habían sido notarios sus antepasados durante siglos. El viejo practicón escamoteó la lectura del contrato con extraordinaria habilidad, y aun escuchando Clara atentamente aquel laberinto de cláusulas leídas con rapidez y entre dientes, no hubiera podido enterarse de su verdadera situación. Continuó, pues, la joven ignorando su ruina, y al ofrecerle Bachelin la pluma, más trémulo y conmovido que ella, firmó el acta por la cual adquiría, sin saberlo, la mitad de la fortuna del señor Derblay.

Firmado el contrato, sintió Felipe que se le quitaba un peso de encima; pero después confesó que no había llegado á estar com-

pletamente tranquilo sino cuando preguntando el alcalde á la señorita de Beaulieu: «¿Consiente V. tomar por marido al Sr. Felipe Derblay?» oyó á Clara responder con firme acento: «Sí.»

X.

Iba á dar la una de la mañana cuando abandonó Susana, completamente vestida de blanco, la sacristía, antes de terminar la ceremonia, y llegó como torbellino á la morada de los recién casados. Junto á la chimenea del salón pequeño, estaba Brígida, de rodillas, moviendo con vigorosas manos un fuelle para activar el fuego, cuyos resplandores iluminaban la plancha de hierro flor-de-lisada del hogar. Al oír la puerta, volvió la cabeza la excelente muchacha, y sin levantarse, con el fuelle en la mano, miró con prolongada sonrisa á la señorita Derblay.

—¡Hola, señorita Susana! ¿Vuelve V. ya de la iglesia?—dijo.—¿Ha terminado el casamiento?

—Sí, ha terminado completamente, querida, y acabo de dejar á todo el mundo con nuestro buen cura, por venir á echar por aquí la última ojeada. Ya tenemos nueva